



Consejo Evangélico de Venezuela

MANIFIESTO EVANGÉLICO DEL CEV 2016

Una declaración de identidad y compromiso público

Conscientes del momento histórico en que vivimos y de los retos trascendentales a los que se enfrentan los seres humanos y nuestros compañeros cristianos alrededor del mundo, quienes abrazamos esta declaración lo hacemos como liderazgo representado en el Consejo Evangélico de Venezuela, y como miembros de uno de los movimientos más grandes y de mayor crecimiento de la fe cristiana: “los evangélicos”.

Los Evangélicos no tenemos un líder supremo o un portavoz oficial exclusivo, de manera que nadie puede hablar por todos los evangélicos y mucho menos aquellos que llegan a ser impuestos por instancias externas a las propias comunidades evangélicas. Hablamos por nosotros mismos, y en nuestro caso como voz de las--organizaciones representativas de los evangélicos que formamos parte del Consejo Evangélico de Venezuela.

Los evangélicos somos expresión de diversas corrientes cristianas con énfasis doctrinales que definen a nuestros variados movimientos y denominaciones, nuestros enfoques históricos, teológicos, y espirituales se han expresado en distintas corrientes del cristianismo (especialmente protestante) y también nos hemos constituido como iglesias y organizaciones autodefinidas como evangélicas.

Con gratitud apreciamos que aunque las raíces históricas y espirituales de nuestra fe se encuentran fuera de este país (*sea el norte de Europa, Norteamérica, y más recientemente Corea, África y otras naciones*), sin embargo hemos generado una identidad venezolana y simultáneamente global. Es notable que la mayoría de nuestros compañeros evangélicos se encuentran en el Sur Global en vez del Norte, que aunque aporta buena parte de la membresía evangélica no es la más influyente o mayoritaria. Aparte valoramos que a nivel mundial hayamos tenido una infusión fresca por la influencia de evangélicos de Latinoamérica, África y Asia. De manera que somos tan solo una pequeña parte de un gran movimiento mundial que está mirando hacia el futuro y hacia un alcance exterior. En conjunto con ellos estamos

comprometidos a ser fieles a nuestra fe y a reflexionar sobre nuestro llamado en el mundo de hoy.

Esta declaración tiene dos propósitos, el primero es hacer frente a las confusiones y corrupciones que atienden al término “*evangélico*” en Venezuela y en gran parte del mundo occidental de hoy, y segundo es clarificar dónde estamos parados en cuanto a las actuaciones que han generado interrogantes sobre los evangélicos en su vida pública.

Como seguidores del “camino estrecho” del que habla Jesús, no tenemos ningún interés en aprobación o popularidad. Tampoco consideramos que sea preciso o fiel el presentarnos como víctimas. Ciertamente no enfrentamos el tipo de persecución como nuestros hermanos creyentes en otras partes del mundo. Muchos de los problemas que enfrentamos como evangélicos en Venezuela son creados por nosotros mismos. Si protestamos, nuestra protesta debe comenzar con nosotros mismos. Más esto no significa que dejamos de lado el luchar por la erradicación de todo tipo de discriminación religiosa que aún tenemos en el país, expresado en el no reconocimiento de las academias evangélicas, las restricciones a la predicación en espacios específicos del territorio nacional, y otros.

En todo caso, la nuestra no es una mentalidad de víctimas, y por ello, lejos de vivir en la queja o el ocultamiento, afirmamos nuestra esencia y testimonio, así como nuestro compromiso con la defensa y promoción del derecho de los más pobres, de los excluidos, y de los que no tiene voz.

Nuestra afirmación y su importancia

Este manifiesto es una declaración pública, dirigida tanto a nuestros hermanos creyentes como al resto de la sociedad. Afirmar quiénes somos y dónde estamos parados en público es importante porque nosotros los evangélicos venezolanos, en conjunto con gente de otros credos e ideologías, representamos uno de los más grandes desafíos de nuestra era global, como lo es el vivir con nuestras más profundas diferencias.

Este desafío es especialmente agudo cuando las diferencias religiosas e ideológicas son finales e irreductibles, y cuando las distinciones no son solo entre cosmovisiones personales, sino entre formas enteras de vida que coexisten en una misma sociedad.

El lugar de la religión en la vida humana es profundamente consecuente. Nada es más natural y necesario que la búsqueda humana de significado y pertenencia para tener sentido del mundo y encontrar seguridad en la vida. Cuando esta búsqueda se acompaña del derecho a la libertad

de conciencia, emite una diversidad libremente elegida de credos y formas de vida, algunos religiosos y trascendentes, y algunos seculares y naturalistas.

Sin embargo, los diferentes credos y las diferentes familias de fe proveen respuestas muy diferentes acerca de la vida, y esas diferencias son decisivas, no solo para los individuos, sino para sociedades y civilizaciones enteras. Aprender a vivir con nuestras profundas diferencias es, por lo tanto, de gran importancia, tanto para individuos como para las naciones. Los debates, deliberaciones y decisiones sobre lo que esto significa para nuestra vida común son cruciales e inevitables.

Nosotros somos de aquellos que hemos creído que Jesús de Nazaret es "*el camino, la verdad y la vida*", y que el gran cambio que es requerido en quienes le siguen conlleva una nueva visión radical de la vida humana y de manera decisiva a vivir, actuar y pensar de forma diferente.

Nuestro propósito aquí es hacer una declaración para nuestros conciudadanos y a nuestros hermanos creyentes por igual, sea que ellos se vean a sí mismos como nuestros amigos, como espectadores, como escépticos o como enemigos. Declararemos lo que pretendemos decir con "evangélico" y "evangélicos", y lo que ello significa para nuestra coexistencia junto a nuestros compatriotas en la vida pública, y de nuestros compañeros de humanidad.

Hoy vemos tres grandes mandatos para los Evangélicos:

1. Debemos reafirmar nuestra identidad

Nuestra primera tarea es reafirmar quiénes somos. Los evangélicos somos cristianos que nos definimos a nosotros mismos en nuestra fe y vida, de acuerdo con las "buenas nuevas" de Jesús de Nazaret. "Evangélico" viene de la palabra griega que significa *buenas nuevas, o evangelio*. Al creer que el Evangelio de Cristo son las buenas nuevas de Dios para el mundo entero afirmamos junto al apóstol Pablo que no estamos "avergonzados del evangelio de Cristo, porque es poder de Dios para salvación." Contrario a malentendidos que existen hoy en día, nosotros, los evangélicos, debemos ser definidos teológicamente, no política, ni social, ni culturalmente.

Tras esta afirmación está la conciencia de que la identidad es poderosa y preciosa, tanto para los grupos como para los individuos. La identidad es fundamental para una comprensión clara de la libertad. Hay grandes peligros en las modernas políticas de identidad, pero insistimos que nosotros mismos, (no los académicos, ni los políticos, ni la prensa, ni la opinión pública), somos responsables de decir quiénes entendemos que somos, y somos quienes decimos que somos.

Definido y entendido de esta manera, los evangélicos hemos formado una de las grandes corrientes que se ha desarrollado en la iglesia cristiana a través de los siglos. Apreciamos en su totalidad los principios que definen otras grandes tradiciones, y trabajamos con ellos en muchas cuestiones éticas y sociales de interés común. Como ellos, estamos comprometidos de todo corazón a la prioridad de la creencia correcta y la adoración correcta, a la universalidad de la iglesia cristiana a través de los siglos, continentes y culturas, y por tanto a los axiomas centrales de la fe cristiana expresada en el consenso trinitario y cristológico de la iglesia temprana. Y aún así, nos aferramos a las creencias evangélicas que nos distinguen de las otras expresiones cristianas de maneras importantes (*distinciones que afirmamos porque las vemos como verdades bíblicas que fueron recuperadas por la Reforma Protestante, sustentadas en muchos subsiguientes movimientos de renacimiento y renovación*) y de vital importancia para un conocimiento seguro y salvador en Dios; en definitiva, nos referimos a las creencias que son fieles a las “buenas nuevas” de Jesús.

Los evangélicos somos seguidores de Jesucristo, cristianos simples y ordinarios en un sentido clásico e histórico en los últimos dos mil años. Los evangélicos estamos comprometidos a pensar, actuar y vivir como Cristo vivió y enseñó, y así encarnar esta verdad y sus “buenas nuevas” para que seamos reconocidos por el mundo como sus discípulos. El meollo del asunto para nosotros, como evangélicos, es nuestro deseo y compromiso con Cristo, como lo enseña la Escritura, el “verlo claramente, para amarlo decididamente, y para seguirle más de cerca”.

No pretendemos que el principio evangélico – *para definir nuestra fe y vida por las “Buenas Nuevas” de Jesús* – sea únicamente para nosotros. Nuestro propósito no es atacar o excluir, sino el de recordar y reafirmar para reunir y reformar. Para nosotros es la definición objetiva, fundamental y suprema de todos los que quieran seguir el camino de Jesús.

Igualmente, no necesariamente nos presentamos siempre en público con el nombre de evangélicos. Somos simplemente cristianos, o seguidores de Jesús, o adherentes al mero cristianismo, pero el principio Evangélico está en el corazón de la forma en que vemos y vivimos nuestra fe.

Esto es fácil decirlo, pero difícil vivirlo. El ser Evangélico, y definir nuestra fe, y nuestras vidas por las “buenas nuevas” de Jesús, como lo enseña las Escrituras, es someter nuestras vidas enteramente al señorío de Cristo y a la verdad, y forma de vida que él requiere de sus seguidores, con el fin de que pudieran llegar a ser como él, vivir de la manera que él enseñó, y creer como él creyó. Como los evangélicos hemos seguido esa visión durante siglos, y hemos valorado por encima de todo, ciertas creencias que consideramos están en el centro del mensaje de Jesús, y son por tanto fundamentales para nosotros (*entre otras*), destacamos las siguientes en este documento:

Primero, creemos que Jesucristo es completamente Dios, plenamente humano, el único salvador, y la revelación suficiente de la existencia misma, el carácter y los propósitos de Dios, al lado de quien no hay ni otro dios, ni otro nombre en que podamos ser salvos.

Segundo, creemos que el único medio por el cual somos aceptados por Dios es por la obra de Cristo en la cruz, y lo que está haciendo ahora a través de su vida como el resucitado, por lo cual revierte el curso del pecado y la violencia humana en quienes se convierten a él, llevando la penalidad de nuestros pecados, acreditándonos con su justicia, rescatándonos del poder del mal, reconciliándonos con Dios, y dándonos poder con su vida. Por lo tanto, no aportamos nada a nuestra salvación. Acreditados con la justicia de Cristo recibimos su salvación solo por su gracia mediante la fe.

Tercero, creemos que la vida nueva, que ha sido dada sobrenaturalmente mediante la regeneración espiritual, es tanto una necesidad como un regalo; y que la conversión resultante es el único camino a un cambio radical de carácter y estilo de vida. Por lo tanto, para nosotros, la única fortaleza suficiente para una vida de fidelidad cristiana e integridad moral en este mundo es el de la resurrección de Cristo y el poder del Espíritu Santo.

Cuarto, creemos que las enseñanzas de Jesús y su actitud hacia la verdad total y suprema de la Biblia, la Palabra inspirada por Dios, hacen de las Escrituras nuestra final regla de fe y práctica.

Quinto, creemos que ser discípulos de Cristo significa servirle como quien es el Señor de todas las esferas de nuestra vida; tanto en lo material como en lo espiritual, en lo público o privado, en hechos como en palabras, en cada momento de nuestra vida, siempre llevando el mensaje de salvación como él hizo tanto a aquellos que están perdidos, como a los pobres, a los enfermos, a los hambrientos, a los oprimidos, a los despreciados por la sociedad, y ser fieles administradores de su creación a favor de nuestros semejantes.

Sexto, creemos que la bendita esperanza del regreso personal de Jesucristo proporciona la fuerza y la sustancia de lo que estamos haciendo, al igual que lo que hacemos se convierte en un signo de la esperanza de hacia dónde vamos; ambas dando lugar a una consumación de la historia y el cumplimiento de un reino eterno que viene solo por el poder de Dios.

Séptimo, creemos que todos los seguidores de Cristo son llamados a conocerlo y amarlo mediante la adoración, a amar a la familia de Cristo en la unidad, a crecer como Cristo mediante el discipulado; a servir a Cristo al servir en su nombre a los necesitados, y a compartir a Cristo con aquellos que no le conocen aún, invitando a todas las gentes, desde lo último de la tierra hasta sus confines, a unirse a nosotros como sus discípulos y seguidores de su camino.

Al mismo tiempo, reconocemos que en repetidas ocasiones no cumplimos con nuestra alta vocación, y con demasiada frecuencia ilustramos la verdad de nuestra propia doctrina del

pecado. Nosotros, los Evangélicos compartimos la misma "madera torcida" de nuestra humanidad; y su mismo catálogo de fracasos y pecados. Esto tampoco es un secreto para Dios ni para aquellos que nos observan y conocen. No obstante al abrazar la esperanza de la fe y el perdón, crecemos progresivamente e interiormente, y somos transformados por Cristo para ser instrumento de transformación.

Definición de funciones

Algunas implicaciones se derivan de esta forma de definir el ser evangélico:

En primer lugar, el ser evangélico es sostener una creencia que también es una devoción. Los evangélicos nos adherimos plenamente a la fe cristiana expresada en los credos históricos de los grandes concilios universales de la Iglesia y en las grandes afirmaciones de la Reforma Protestante. Al mismo tiempo, buscamos ser fieles a esta fe que ha sido transmitida de generación en generación, todo en línea con los principios de las Sagradas Escrituras. Pero en el fondo, el ser evangélico es más que una declaración de un credo, una afiliación institucional, o un asunto de membresía en un movimiento. No tenemos un líder supremo, ni los credos o tradiciones son de carácter decisivo para nosotros. Jesucristo y su Palabra escrita, la Santa Biblia, son nuestra autoridad suprema; y la respuesta propia es nuestra entera devoción, confianza y obediencia.

En segundo lugar, la creencia evangélica se expresa en nuestra adoración, en nuestras acciones, tanto como en nuestros credos. De esa manera lo testifican algunos de nuestros himnos universalmente populares como "Gracia Sublime", "En la Cruz", "Castillo Fuerte", y otros. Nuestros grandes escritores de himnos están al lado de nuestros teólogos, ~~y a menudo nuestro compromiso puede ser visto mejor en nuestro dar y en nuestras preocupaciones que en nuestras declaraciones oficiales.~~ Lo que somos no se puede capturar solo en libros o declaraciones sino en nuestro cuidado al necesitado, al desamparado, y al huérfano; nuestro alcance a los encarcelados; nuestra compasión por el hambriento y las víctimas de desastres, y nuestra lucha por la justicia por aquellos que son oprimidos por maldades tales como la esclavitud, el tráfico de personas, la tortura, la corrupción, y otros terribles actos.

En tercer lugar, los evangélicos somos seguidores de Jesús de una manera que no se limita estrictamente a ciertas iglesias o movimientos definibles. Somos miembros de diferentes

iglesias y denominaciones con distintas tradiciones, acentos teológicos, expresiones litúrgicas, espiritualidades, etc. Pueden ser estas iglesias históricas al igual que independientes, de expresiones litúrgicas formales o informales; y sin embargo nuestro compromiso evangélico ofrece un núcleo que mantiene unidos en la diversidad. Esto es altamente significativo para cualquier movimiento en la sociedad en esta era de la informática, pero el ser evangélico siempre ha sido diverso, flexible, adaptable, contextual, y no jerárquico. Esto es mucho más cierto hoy, y más que nunca, y así lo demuestra la variedad y la vitalidad de los evangélicos de todo el mundo. Pues el ser evangélico es ante todo una forma de ser devoto a Jesucristo, buscando el vivir en diferentes épocas y culturas como él llamó a sus seguidores a vivir.

En cuarto lugar, como se destacó anteriormente, el ser evangélico debe ser definido teológica y no políticamente; confesionalmente y no culturalmente. Ante todo, es un compromiso y una devoción a la persona y el trabajo de Jesucristo, sus enseñanzas y estilo de vida, y una dedicación duradera a su señorío sobre todos los poderes terrenales, alianzas o lealtades. Por tal razón, no debería limitarse a fronteras tribales o nacionales; o ser confundido, o reducido a categorías políticas, partidistas (tales como "oficialista", "opositor", "centrista" u otros), o a categorías psicológicas como "reaccionario" o "progresista". El evangélico milita personal e individualmente en la parcialidad de su libre escogencia, pero la iglesia no responde a ninguna categorización política o ideológica, ni siquiera cuando ésta pretenda monopolizar la representatividad de los evangélicos.

En quinto lugar, el mensaje evangélico, "buenas nuevas " por definición, es abrumadoramente positivo. Hay una enorme importancia teológica y cultural al Poder del No, especialmente cuando hoy en día todo es permitido y está prohibido prohibir. Tal y como Jesús lo hizo, los evangélicos tienen que hacer grandes juicios sobre lo que es falso, injusto y malvado. Pero, en primer lugar nosotros los evangélicos somos *pro algo o pro algunos, más que anti algo o anti algunos, preferimos promover la protesta o afirmación positiva antes que la negativa.* El evangelio de Jesús son las "buenas nuevas" de bienvenida, perdón, gracia y libertad de la ley y el legalismo. Se trata de un colosal Sí a la vida y las aspiraciones humanas, y un enfático No a lo que contradice nuestro verdadero destino como seres humanos hechos a imagen de Dios.

En sexto lugar, el ser evangélico debe distinguirse por dos tendencias opuestas a las cuales ha sido propenso el Protestantismo: el revisionismo liberal y el fundamentalismo conservador. Llamados por Cristo para "estar en el mundo, pero sin ser del mundo", muchos

cristianos, especialmente en la sociedad moderna, han sido halados hacia ambos extremos. Aquellos más liberales tienden a identificarse con el mundo de manera que ellos reflejan el pensamiento y estilo de vida del día, al punto de ser infieles a Cristo; mientras que los más conservadores u tienden a desafiar al mundo (con ritos y tradiciones irracionales) de manera que lo resisten en formas que también los convierten en desobedientes a la enseñanza de Cristo.

La tendencia de los revisionistas liberales cobra fuerza en el siglo XVIII, y se ha acentuado hoy día alcanzando su clímax en las versiones de la fe cristiana que se caracterizan por algunas debilidades importantes como los son: una estimación exagerada de la capacidad humana, una visión superficial del mal, una visión inadecuada de la verdad, y una visión deficiente de Dios; entre otras. En ocasiones, llegan al punto de hacer sus postulados doctrinales unos que son cristianamente irreconocibles. Al ocurrir esta triste capitulación, estos "evangelios alternos" representan una pérdidas que eventualmente sellará su caída:

Primero, la pérdida de autoridad, cuando la "*sola Scriptura*" (solo por la Escritura) es remplazada por "*sola cultura*" (*sola por la cultura*).

Segundo, la pérdida de comunidad y continuidad, como "*la fe una vez dada*" se convierte en la fe de "una persona" una sola vez, y se aísla de los creyentes de todo el mundo, y de las siguientes generaciones.

Tercero, la pérdida de estabilidad, como dice la acertada frase de Dean Inge: "La persona que se casa con el espíritu de la época pronto se convierte en viuda".

Cuarto, la pérdida de la credibilidad, como un nuevo tipo de fe, se convierte en lo que los escépticos ya creen, y ya no hay nada sólidamente, ni decisivamente cristiano para que los buscadores examinen y crean.

Quinto, una pérdida de identidad, mientras la versión revisada de la fe pierde más y más parecido con la fe cristiana histórica que es fiel a Jesús

En breve, por toda su supuesta sinceridad y atentados para ser relevantes los proponentes extremos del revisionismo liberal corren el riesgo de convertirse en lo que Soren Kierkegaard llamó "besando a los Judas" o cristianos que traicionan a Jesús con una interpretación errónea.

La tendencia fundamentalista es más reciente, y hasta más cercana al ser evangélicos, tanto así que a los ojos de muchos, ambos en parte coinciden. Celebramos a aquellos que en el pasado tuvieron el buen deseo de ser fieles a los fundamentos de la fe, pero el Fundamentalismo se ha convertido en una superposición sobre la fe cristiana y se convirtió en una reacción esencialmente moderna a un mundo moderno. Como una reacción al mundo

moderno tiende a romantizar el pasado, algunos momentos perdidos en el tiempo, y radicaliza el presente con estilos de reacciones que son personal y públicamente militantes hasta el punto de ser subcristianos.

El fundamentalismo cristiano tiene sus contrapartes en muchas religiones, y hasta en el secularismo, y a menudo se convierte en un movimiento social con una identidad cristiana, pero disminuyendo gravemente el contenido y la conducta cristiana.

Séptimo, el ser evangélico es distintivo por la forma en que mira equitativamente el pasado y el futuro. En su misma esencia el activismo evangélico se remonta directamente a Jesús y a las Escrituras, no solo como un asunto de raíces históricas, sino como un compromiso del corazón y como el tenor de su deseo y pensamiento, y no sólo una vez, sino una y otra vez como vital principio de su forma de vida. Por tanto, el ser evangélico no es tan solo el ser profundamente personal en la fe, estar fuertemente comprometido a la santidad ética en la vida, y ser marcado por un robusto voluntarismo en acción, sino vivir una fe cuyo dinamismo está marcado sin vergüenza por la verdad y la historia.

Sin embargo, lejos de ser partidarios incondicionales sin reservas de la tradición y el statu quo, ser evangélico significa un compromiso continuo con Jesucristo, y esto conlleva la innovación, la renovación, reforma, y el dinamismo emprendedor, para todo, y en todos los tiempos es objeto de evaluación a la luz de Jesús y de su Palabra. El principio evangélico es un llamado a la autoevaluación, reflexión y a una disposición a ser corregido y a cambiar cuando sea necesario. Al mismo tiempo, lejos de ser partidarios de los actuales nihilismos el cambio por el cambio, el ser evangélico es reconocer la primacía de la autoridad de la Biblia, que nos señala a Jesús, y así ver la necesidad de conservar una forma detrás de toda reforma.

Por lo tanto, nosotros reconocemos que la fe y la razón son aliados en vez de enemigos, y consideramos que no hay contradicción entre la cabeza y el corazón, entre ser totalmente fieles por una parte y completa e intelectualmente críticos y contemporáneos por la otra. Así los evangélicos partimos de la empresa de los reaccionarios, al ser reformadores e innovadores, pero también compartimos nuestra empresa con los progresistas modernos al desafiar el ideal de "mientras más nuevo más veraz" y de que "lo reciente es lo mejor"; y conservando lo que es verdadero, correcto y bueno. Para los evangélicos es paradójico, aunque cierto, que el camino seguro hacia adelante es siempre primeramente el volver atrás; una vuelta atrás que es el secreto de una verdadera reforma y avivamiento.

En resumen, el ser evangélico fue el corazón de la Reforma Protestante, y lo que para nosotros le da a la Reforma su validación cristiana es su recuperación de la verdad bíblica. En algunos países, “*evangélico*” es sinónimo de “*protestante*”. Aun así queda claro que el término *evangélico*, y el deseo de ser bíblico, ambos preceden y sobreviven el proyecto protestante en su forma histórica, ya que la palabra “*protestar*” ha perdido cada vez más su significado original positivo que es “testificar a favor de” (*pro-testantes*), y el término “*protestante*” es más y más limitado a un periodo histórico. Otras etiquetas van y vienen, pero el principio evangélico que busca ser fiel a las “buenas nuevas de Jesús” y a las Escrituras durará para siempre.

2 Debemos Reformar Nuestra Propia Conducta

Nuestra segunda y gran preocupación es la reforma de nuestro propio comportamiento. Nosotros afirmamos que para ser evangélico o para llevar el nombre de evangélicos no solo debemos dar forma a nuestra fe y a nuestras vidas conforme a las enseñanzas y estándares de la “*Manera de Jesús*”, sino que necesitemos hacerlo una y otra vez. Pero, el impulso evangélico es uno radical, reformador y de fuerza innovadora, nosotros reconocemos con dolor que hoy existe una ironía trascendental. Nosotros, estamos en la extrema necesidad de promover una nueva Reforma. Protestantes, nosotros también somos aquellos sobre los cuales se deben hacer las protestas, y a la vez presentar la nuestra puertas adentro:

Manifestamos que es una horrorosa desnaturalización de las creencias y la pastoral evangélica, la pretensión de reemplazar la verdad bíblica por técnicas terapéuticas; confundir la adoración a Dios con entretenimiento, o discipulado con desarrollo del potencial desde las perspectivas humanistas, crecimiento de la iglesia con emprendimiento de negocios, preocupación por la congregación local con expresiones de fe que devalúan a la iglesia o poco más que una espiritualidad insípida, satisfaciendo necesidades reales consintiendo con necesidades sentidas, principios de misiones con preceptos de mercadeo.

El de Cristo no es un evangelio comercial, diluido, que hace sentir bien a todos, no es un evangelio de salud, riqueza, potencial humano en cuya filosofía subyacenten principios irreconciliables con el mensaje de Cristo, o un evangelio que no se puede distinguir de las modas pasajeras del mundo que nos rodea.

Hoy es demandable más que nunca una congruencia evangélica donde las más altas y claras declaraciones sobre la autoridad de la Biblia, se correspondan con existencias y estilos de vida que estén más formadas por ella y no por nuestros propios deseos pecaminosos, y por modas contemporáneas, o a conveniencia de nadie.

Hoy es demandable más que nunca una congruencia evangélica entre nuestra ortodoxia y nuestra ortopraxis, en asuntos tan frecuentes como el crecimiento eclesial que debe corresponder a la verdad del evangelio y no a métodos y técnicas tan mundanales como la más mundanal adaptación cristiana, usando expresiones del espíritu de la pasante época.

Hoy no es disculpable la falla en demostrar la unidad y la armonía del cuerpo de Cristo, no podemos caer en el endiosamiento de las facciones definidas por accidentes de la historia y pulidos por la verdad sin amor, en vez de expresar la verdad y la gracia del evangelio.

No podemos trazar nuestras raíces en poderosos movimientos de avivamiento espiritual y reforma, si al mismo tiempo pretendemos ser secularistas en la práctica o estar en el extremo de vivir en un mundo sin ventanas a lo sobrenatural, y a menudo cargando nuestras vidas cristianas de manera tal, que hay muy poca necesidad de que Dios trabaje en y por nosotros.

No podemos atacar la vileza y las injusticias hacia los demás, tales como las matanzas de aquellos que aún no han nacido, al igual que las herejías y apostasías de los teólogos liberales o los pretendidos iluminados de hoy, cuyas visiones se han desarrollado en "otro evangelio", mientras que perdonamos nuestros propios pecados, y ocultamos nuestros propios vicios, o vivimos cautivos por fuerzas tales como el materialismo y el consumismo disfrazado en pseudoteologías contradictorias a nuestra fe.

No está bien reducir nuestra fe a la concentración en las grandes verdades de la Biblia, tales como la cruz de Jesús, pero excluyendo en la aplicación de ellas a otras verdades bíblicas, tales como la dignidad de la creación. Pues en él nos empobrecemos y terminamos apoyando una cultura ampliamente antiecológica, descuidada en la administración de la tierra y negligente de las artes y de los centros creativos de la sociedad.

Rechazamos el ser seducidos por el poder conformador del mundo moderno, intercambiando una costosa gracia por conveniencia, y transponiendo una comunidad genuina a abrazarse al individualismo, suavizando la autoridad teológica hasta reducirla a preferencias personales, y renunciando a una clara comprensión de la verdad y una lealtad exclusiva a Jesús por un plato de actitudes de mezclas y combinaciones que son sincretismo con otro nombre.

Afirmamos la obediencia al gran mandamiento de amar a nuestro Señor y Dios con nuestros corazones, almas, **mentes** y fuerzas, lo que nos lleva a ser contrarios al enfrentamiento fe y razón, dado que amar a Dios con la mente implica la promoción y aprovechamiento de las ciencias de todo tipo como elementos contribuyentes a nuestra adoración a Él.

Rechazamos las erróneas interpretaciones de las Sagradas Escrituras que generan un acomodamiento con el statu quo y convierte a muchos no en predicadores de la fe, o profetas

que denuncian el mal, sino en porristas de quienes ostentan los gobiernos y en aduladores ingenuos de ricos y poderosos.

Rechazamos el falso concepto de relevancia que no es constructor de “nuevos odres para el vino nuevo”, sino un fijador de criterios que sucumben a las modas pasajeras del momento, y que mientras hacen ruidosos ataques a los errores del ayer, tales como el modernismo, abdican mansamente a los de hoy, tales como el postmodernismo y tantas otras expresiones de simplismo reflexivo.

Hacemos un llamado humilde, pero claro a la restauración del principio reformador evangélico, y por lo tanto a una reforma profunda, y a una renovación de toda nuestra mente y estilo de vida cristiano.

Urgimos a nuestros hermanos evangélicos a ir más allá de un servicio de labios a Jesús y a la Biblia, a restaurar estas autoridades a su lugar supremo en nuestro pensamiento y práctica.

Hacemos un llamado a nuestras comunidades y a nuestra generación a un discernimiento crítico del mundo, de manera que resistamos no solo su poder obviamente ajeno, sino sus sutiles y seductoras conformaciones a una perspicacia brillante y a técnicas de modernidad, recordando siempre que no esperamos usar las herramientas del mundo para la transformación mundo.

Hacemos un llamado a todos los seguidores de Jesús a mantener su mandamiento y amarse los unos a los otros, a ser fieles a nuestra unidad en la que subyacen todas las diferencias menores, y a practicar la reconciliación en la iglesia que es tan necesaria en el resto del mundo. En una sociedad dividida por las políticas de identidad y género, los cristianos deben dar testimonio con su vida, de manera que su identidad en Jesús trascienda todas esas diferencias.

Hacemos un llamado a la ampliación de nuestras preocupaciones sociales, al pedir que vayamos más allá de unos pocos temas políticos, que aunque son muy importantes, no son los únicos para el interés evangélico. Temas como el aborto, o el matrimonio entre personas del mismo sexo, no pueden ser abordados dejando de lado los temas de la pobreza, y la grave descomposición social que en diversas áreas afectan al país.

Es necesario que nos extendamos a un mayor reconocimiento de las realidades vinculadas a todos los problemas humanos a los que nos enfrentamos en la vida pública, y de las que tenemos una óptica particular como evangélicos. Recordando que no podemos desviarnos de nuestro compromiso bíblicamente enraizado hacia la santidad de toda la vida humana, incluyendo a aquellos que no han nacido, ni que tampoco podemos dejar de promover la santidad y legitimidad del matrimonio bíblico (actualmente amparada por la normativa legal venezolana) como fue instituido por Dios entre un hombre y una mujer.

Debemos seguir el modelo de Jesús, el Príncipe de Paz, enfrentando a los gigantes nacionales y globales como son los conflictos, la corrupción, la pobreza, la inseguridad, las enfermedades pandémicas, el analfabetismo, la ignorancia y mucho más, considerando especialmente el vacío moral y espiritual, y promoviendo la reconciliación, fomentando al liderazgo del servicio ético, asistiendo al necesitado, cuidando al desvalido, y educando la próxima generación.

Creemos que es nuestro llamado el ser buenos administradores de todo lo que Dios ha confiado a nuestro cuidado de manera que le sean transmitidas a las generaciones que aún no han nacido, los legados de justicia que procuran una sociedad más saludable.

Hacemos un llamado a un más completo entendimiento del discipulado que aplica a la fe con integridad, en todas las realidades y esferas de la vida, a lo secular como a lo espiritual, a lo físico como a lo religioso; es decir, un discipulado que piensa más ampliamente en su contribución hacia las artes, ciencias, medios comunicacionales, y a la creación de la cultura en todas sus variedades.

Sobre todo recordamos que si les recomendamos las “buenas nuevas” de Jesús a los demás, nosotros también debemos ser formados por las “buenas nuevas”, de manera que seamos evangélico y evangélicos.

3. Debemos repensar nuestro lugar en la vida pública

Debemos encontrar una nueva comprensión de nuestro lugar en la vida pública. Afirmamos que para ser evangélico y llevar el nombre de Cristo requerimos buscar el ser fieles a la libertad, la justicia, la paz y bienestar que están en el corazón del Reino de Dios. El traer estos regalos a la vida pública y el trabajar con todos aquellos que comparten estos ideales y les importa el bien común, es un servicio para todos.

Ciudadanos de la Ciudad de Dios, somos residentes extranjeros en la ciudad terrenal. Llamados por Jesús para “estar” en el mundo “pero no” del mundo, estamos completamente comprometidos en los asuntos públicos, pero nunca completamente equiparados con ningún partido, ideología partidista, sistema económico, o de clase social. Asumimos que la participación de los individuos evangélicos en cualquiera de estas categorías nunca puede estar por encima ni en contradicción con el ser y la identidad que como cristianos tenemos los evangélicos.

En épocas pasadas, mientras que el fundamentalismo negaba al mundo (sociedad) completamente, y políticamente se desligaba de sus principios. Muchos de los nuestros son un recordatorio de una tradición diferente. Los evangélicos han hecho una brillante contribución a

la política en general, a muchas de las más grandes reformas sociales y morales en la historia, tales como la abolición de la esclavitud y al sufragio de la mujer; y hasta en nociones cruciales en las discusiones políticas de hoy día, por ejemplo, la vital pero muy poco conocida contribución al levantamiento de la asociación voluntaria, y a través de eso, a la comprensión de nociones tan fundamentales como la sociedad civil y el capital social. Y esto no sucedió necesariamente desde los escenarios de la mentalidad de salero represada en partidos confesionales que se confundían con ministerios eclesiales, sino desde la realidad del ser verdadera sal y luz al buscar iluminar los escenarios donde la oscuridad ha estado presente.

Tampoco el eficiente testimonio evangélico ha estado signado por distorsionadas teologías de reino, esas que a los que deberían ser servidores pretenden hacerlos parecer a príncipes y reyes a la manera del mundo. La misma que considera la hegemonización de las sociedades desconociendo su pluralidad y generando un fascismo nuevo (uno religioso), uno que pretende la creación humana de trasnochadas teocracias que no son un gobierno de Dios, sino uno de los líderes religiosos que mediante eventos pretenden monopolizarlo y gobernarlo a él mismo a fuerza de órdenes y pseudodecretos que derivan en falsas profecías o peor aún en la creación de fantásticos mundos paralelos, desconectados de la realidad, y carentes del más elemental sentido de pertinencia teológica y social.

Ni privatizada ni politizada

Hoy, sin embargo, nosotros, los evangélicos, deseamos mantenernos alejados de ciertas posiciones en la vida pública que son ampliamente confundidas con el ser evangélico.

En primer lugar, nosotros, los evangélicos, repudiamos dos iguales y opuestos errores en los que han caído muchos cristianos recientemente. Un error ha sido el privatizar la fe, interpretándola y aplicándola a las esferas espirituales y personales solamente. Tal dualismo divorcia falsamente lo espiritual de lo secular, y causa que la fe pierda su integridad y que se convierta en privadamente atractiva y públicamente irrelevante, y en otra forma de *jacuzzi* espiritual.

El otro error, llevado a cabo tanto por los religiosos de distintas parcialidades ideológicas o desideologizadas, es politizar la fe, usando la religión para expresar puntos que políticamente han perdido contacto con la verdad bíblica o aplicando textos bíblicos de manera errónea a realidades cuyo contexto no se corresponde con aquel en que discurre el texto bíblico, y en consecuencia se pierde en tal error la legítima interpretación y aplicación del mismo. De esa manera la fe pierde su independencia, las iglesias se convierten en comandos de campaña partidista e idolátrica, y los cristianos se convierten en tontos de útiles para un partido político u otro, y la fe cristiana se convierte en una ideología en su forma más pura. Las creencias

cristianas se usan como herramientas para los intereses políticos especialmente sustentadores del statu quo. Es la virtud de la paz, al servicio del silencio ante el reclamo social, es la mansedumbre al servicio de las tiranías y la injusticia, es la obediencia al servicio de las peores sinrazones que condenan a la sociedad a una especie de automatismo ciudadano cómplice de los peores males.

En nuestro mundo, los cristianos de distintos lados del espectro político, han cometido el error de politizar la fe, unos por motivos realmente ideológicos; y otros que sin creer, o estando en contradicción con las ideologías que avalan, lo hacen en función de un maquiavélico y antiético oportunismo, o peor aún se hacen víctimas de los populismos de quienes buscan a la Iglesia en temporadas electorales o pretenden comprar su simpatía, incluso subestimando la inteligencia de sus audiencias al pensar que las campañas panfletarias y vacías de contenido real pueden calar en todos, y con ello hacerse real el viejo adagio *"lo que me ofende no es que piensen que somos idiotas, sino que estén seguros de ello"*.

Por eso debemos señalar que de cualquier motivo, o lado que venga, una fe politizada es desleal, necia y desastrosa para la iglesia; y en primer lugar desastrosa por razones cristianas, antes que por razones constitucionales.

Los evangélicos somos llamados a una lealtad superior a la de partidos, ideologías, y nacionalidades, nosotros los evangélicos (*en la realidad de nuestros individuos más que como iglesia*) vemos que es nuestro deber participar en la política (*no en su sentido partidista*), pero nuestro deber igual es el de nunca estar equiparados a ningún partido, ideología partidista, sistema económico, o nacionalidad. En nuestras escalas el poder espiritual, moral y social es tan importante como el poder político, lo que es correcto supera lo que es popular, al igual que los principios superan los partidos, la verdad vale más que los consensos temporales, y la conciencia más que el poder y la supervivencia.

Asimismo, los evangélicos somos defensores de políticas públicas que desde las prescripciones bíblicas están encauzadas al mejor bien del ser humano.

La politización de la fe nunca será un símbolo de fuerza sino de debilidad. El dicho es sabio: *"Lo primero que debemos decir acerca de la política es que la política no es lo primero"*. El alma evangélica no está a la venta. Ya fue comprada por un precio infinito.

Un lugar civil en vez de una plaza sagrada o pública

Que se sepa que inequívocamente estamos comprometidos con la libertad e igualdad religiosa para todas las religiones, incluyendo el derecho de convertirnos a, o de la fe cristiana. Estamos

firmemente opuestos a la imposición de la teocracia en nuestra sociedad pluralista. No tenemos ningún deseo de obligar o imponer a nadie creencias o comportamientos que no hayamos persuadido a adoptar libremente, y que no demostramos en nuestras propias vidas, sobre todo por amor.

Asimismo estamos negados a que se pretenda la imposición escolar, o en otros espacios civiles de cultos parareligiosos que se disfracen de reverencias patrias, sea esto ante personajes del pasado fundacional de la nación o menos aún del pasado político más inmediato. Nada más abominable que las tiranías (incluso las religiosas), y a su vez nada tan libertario como el ejercicio de la capacidad de elegir.

Tenemos un compromiso con una visión de la vida pública en la que los ciudadanos sean libres para entrar y participar de la plaza pública con base a su fe, pero en un marco de lo que se ha acordado que es lo justo y libre para otras religiones también. Así, cada derecho que afirmamos para nosotros mismos es de una vez un derecho que defendemos para los demás, sean de la religión que sean.

Dos problemas en torno a la sociedad

Hay dos problemas adicionales que necesitamos abordar para la atención de nuestros conciudadanos.

La realidad nacional

Por un lado, estamos especialmente preocupados por la violencia política que ocurre en nuestro contexto nacional, y que está reforzada por factores extremistas que nos arriesgan a vivir como nación el tipo de experiencias dolorosas por las que han transitado nuestros vecinos colombianos.

Actualmente, la intolerancia es evidenciada entre los factores violentos que actúan con impunidad en contra de civiles desarmados, que han asaltado a personas, familias, comercios, e incluso las viviendas de las familias. Por otra parte, el trauma que en nuestra historia reciente ha significado la represión criminal con la que han actuado algunos funcionarios de las fuerzas del orden público en contra de la población manifestante o no, pone en evidencia una crisis muy profunda de las concepciones democráticas que debieran imperar en el Estado. La falta de respuestas oportunas cuando se trata de casos de un sector de la sociedad, en contraste con la sorprendente celeridad cuando se responde según el interés de los sectores en el poder nos dan la visión de un estado con instituciones parciales, por lo cual es urgente la restauración de

una civilidad democrática que respete el estado de derecho en función del interés de todos y no solo de unos.

Asistimos como testigos de primera fila a la contemplación y sufrimiento de una brutal crisis económica, social, alimentaria, sanitaria, educativa, penitenciaria, democrática, institucional, pero sobre todo espiritual y moral. Los venezolanos somos víctimas de una guerra civil que ocurre entre dos bandos, por un lado el estado antidemocrático complaciente con y junto al paraestado gobernado por bandas delictivas, pranes, narcotraficantes y otros, y por otro lado la ciudadanía desarmada e indefensa.

Hoy más que nunca es necesaria la vuelta de la nación a Dios en la realidad del reencuentro con los más elevados valores morales y espirituales, así como la vuelta a un constructivo diálogo nacional con legitimidad de motivos.

El diálogo que la razón demanda es aquel que nos ayude como sociedad a resolver el cómo hemos de vivir en libertad, justicia, y paz con nuestras profundas diferencias, pero especialmente el que se oriente a la atención de necesidades tan sentidas y elementales como la alimentación, el acceso a las medicinas, la seguridad, y de tantas otras realidades que abruman a todos.

Para lograrlo es necesario el cambio en quienes creen que su forma es la única forma para todos, y están preparados para obligar a los demás. Y es que de no ocurrir tal reflexión estaremos inevitablemente condenados al conflicto; y esto es una realidad en todos los aspectos de la vida nacional.

La complicidad de quienes asumiéndose evangélicos desconocen esta realidad

Ante tales realidades por demás abrumadoras, asumimos condenable la desleal alianza Iglesia-Estado que suelen pretender algunos en nombre de la promoción de la religión. Quienes así actúan se ubican de espaldas a la sociedad y en solidaridad con los poderosos.

En la actualidad es de suma importancia el evitar la superficialidad irreflexiva con que algunos suelen tratar el antiguo principio de la independencia de la Iglesia en relación al Estado. El Emperador Constantino y la opresión patrocinada por el Estado que inauguró, dirigida a peligrosas alianzas entre la iglesia y el estado continúan en la relaciones de Iglesia-Estado europeos hasta el presente, y algunos evangélicos sufriendo de una especie de complejo de inferioridad tradicional, dado el maltrato que en el pasado se sufriera por parte de elementos de la religión popular en Venezuela, han dejado de pensar que los vicios que denunciaron, tales como, el de una religión exclusiva promovida y financiada por el Estado, a la que se le confiriera

poder y se le privilegiara sobre otras construyéndole sus templos, entregándole propiedades, y más.

Ahora ya no piensan que tal asunto es negativo per se, sino que tienen la aspiración de sustituir a la Iglesia católicorromana en el disfrute de tales privilegios otrora condenados y ahora envidiados, y todo justificado mediante el envoltorio de una equivocada interpretación de una teología "del reino", que parece más un sueño de implantación de una sociedad y un estado teocrático, que una verdadera lectura del Evangelio y del mundo en que vivimos.

Creemos en la verdadera devoción a Dios y solidaridad con el prójimo, pero una que se practica desde el bolsillo propio y no con el bolsillo del Estado que tiene que ser una bolsa común de todos los ciudadanos y no de una parcialidad política y menos aún religiosa. Por eso, la construcción de nuestras sedes, la realización de nuestra obra social, y lo mucho o poco que podemos hacer lo hemos asumido como nuestro y a favor de a quienes podamos servir, y de esa forma la gloria es de Dios y no de los poderosos de turno.

Por nuestra parte, somos consistentes en el rechazo a las indebidas subordinaciones históricas entre Iglesia y Estado, junto a la discriminación y la opresión que fue su fruta oscura. Nosotros, los evangélicos, trazamos nuestro patrimonio no en Constantino, sino en la postura muy diferente de Jesús de Nazaret. Creemos que en las buenas noticias de Jesús, la justicia fue promovida por todo el mundo, no por la espada o la fuerza de un conquistador, sino por el sufrimiento de un servidor despojado del poder terreno y listo para morir por los extremos que él vino a alcanzar. Nuestra búsqueda del reconocimiento a la libertad religiosa y el trato justo e igualitario a todas las expresiones de fe, pretende ser justicia esperada en favor nuestro, pero también en favor de los que son distintos a nosotros. Los evangélicos asumimos los ataques a nuestra fe como parte anunciada por Cristo del costo de nuestro discipulado que tenemos que sobrellevar, y sin la pretensión de victimizarnos entendemos la responsabilidad de defender los principios de justicia y libertad que no solo benefician a los nuestros, sino a los demás, pues aspiramos al *"vivir quieta y reposadamente"*.

Una vez más, nuestra elección es por una condición ciudadana, y un laborar con respeto por los derechos de todos, aun aquellos con los que no estamos de acuerdo. Contrario a lo que creían los líderes de las religiones medievales, o ciertos ateos contemporáneos que piensan que el error no tiene derechos, nosotros respetamos aún el derecho a equivocarse. Y contrario a los regímenes totalitarios que apuestan por silenciar, encarcelar, o incluso exterminar a la disidencia, nosotros defendemos el principio del reconocimiento de los que son distintos y simultáneamente afirmamos el principio de que el derecho a creer cualquier cosa no necesariamente lleva a la conclusión de que todo lo que cualquiera crea es lo correcto. Más bien, significa que el respeto por las diferencias basado en la conciencia también puede ser un debate justo y necesario sobre las diferencias conducidas con respeto.

Una Invitación a todos

Como declaramos anteriormente, nosotros los que refrendamos esta declaración, no presumimos el hablar por todos los evangélicos. Hablamos solo por nosotros mismos (*Las comunidades, iglesias, organizaciones, entidades de servicio adheridas al Consejo Evangélico de Venezuela*), *sin embargo no nos hablamos solo a nosotros mismos*. Por lo tanto, invitamos a nuestros compañeros cristianos, a nuestros compañeros ciudadanos y a todas las personas de diferentes religiones a través de nuestra nación a tomar muy seriamente notas sobre estas declaraciones y a responder donde es apropiado.

Invitamos a nuestros compañeros evangélicos de otras expresiones a considerar estas afirmaciones y a unirse con nosotros para clarificar las profundas confusiones que rodean el ser evangélico, que juntos podamos ser más fieles a nuestro Señor y las señales distintivas de su estilo de vida.

Invitamos a nuestros compañeros conciudadanos a evaluar las consecuencias dañinas de las presentes actuales intolerancias políticas con su lenguaje descalificador contra quien disiente, y a trabajar con nosotros en la urgente tarea de restaurar la civilidad, la decencia, el respeto a la constitucionalidad, a la contribución ciudadana con vocación democrática a la construcción de instituciones estatales para su justo acatamiento, a los principios democráticos de la independencia de los poderes públicos, y la convivencia en la vida pública, asegurando así que la sociedad logre una libertad que perdure hasta las futuras generaciones.

Invitamos a los adherentes de otras religiones a entender que nosotros respetamos su derecho a creer lo que creen de acuerdo con lo que dicte su conciencia, así como a profesar respetuosa y propósitivamente su fe, y les invitamos a seguir la regla de oro y a extender los mismos derechos y respetos a nosotros y a los adherentes de otras religiones, de manera que juntos hagamos de la libertad religiosa una práctica habitual, y a los enfrentamientos religiosos una extrañeza deleznable, para que sucesivamente la diversidad humana sea libremente manifiesta en la realidad de una sociedad religiosa plural que da testimonio de saludable coexistencia.

Invitamos a aquellos que reportan y analizan los asuntos públicos, tales como eruditos, periodistas y creadores de políticas públicas a abandonar los estereotipos y a adoptar definiciones y categorías que nos describan a nosotros y a otros creyentes en términos que sean precisos y justos, y en un tono que a su vez les gustaría ser aplicados a ustedes mismos.

Invitamos a aquellos en posiciones de poder y de autoridad a apreciar que buscamos el bienestar de las comunidades, y la nación en la cual vivimos, pero que nuestra primera alianza

será siempre a una lealtad mayor que es Cristo y su Iglesia y a la Palabra de Dios como estándar que exige que se cuestionen todos los demás estándares. Compromiso que ha sido el secreto de la contribución cristiana a la civilización, así como su pasión por las reformas que apuntan a la fidelidad a Dios y a la Biblia.

Invitamos a aquellos que comparten nuestra dedicación a los pobres, a los sufridos y a los oprimidos a que nos unamos trabajando en traer cuidado, paz, justicia y libertad a aquellas personas que son ignorados, oprimidos, esclavizados, o tratados como desperdicios humanos por las órdenes establecidas en nuestro mundo global.

Invitamos a todos los que buscan sentido y pertenencia en medio del caos de las filosofías contemporáneas y el quebrantamiento y la alienación de la sociedad moderna, a considerar que el evangelio que hemos encontrado por ser una buena noticia es, de hecho, la mejor noticia, y es abierta para todos aquellos que quieran venir y descubrir lo que nosotros disfrutamos y compartimos.

Finalmente, nos comprometemos solemnemente a que en un mundo de mentiras, donde la verdad es comúnmente descartada y las palabras sufren de severa inflación, nosotros haremos esta declaración en palabras que fueron cuidadosamente seleccionadas y pesadas; palabras con las que, bajo Dios, hacemos nuestra fianza. Gente de las buenas nuevas, nosotros deseamos no solo hablar las buenas nuevas, sino que podamos encarnarlas y ser nosotros buenas nuevas a nuestra generación.

Como evangélicos, aquí estamos firmes y asegurados en nuestra fe, nos extendemos a todas las personas de otras religiones con amor, esperanza y humildad. Con la ayuda de Dios, nos levantamos listos para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo y a trabajar juntos por un gran florecimiento de nuestra amada Venezuela.

Consejo Evangélico de Venezuela

La justicia engrandece a la nación